

Antología de Córdoba

Córdoba de Oro

Hecha está de oro toda ella, desde las arenas y aceñas de su río a los ponientes brisados de sus Rafaeles Custodios. Hecha está de oro; y no porque su luz sea antigua, dorada, muy gloriosa de abri-llantamiento, sino porque la cruza un halo áureo que viene a ella como buscándole las cuadernas al regio soneto gongorino del puen-te, de su lejanía musulmana. Pues ahora, ese oro vuelve a investirse, a engalanarse de gran fiesta, de universal predicamento, de sede fastuosa. Así lo escribimos, porque si todo fasto es gran ornato o copiosa felicidad, según dice la lengua castellana, nada más español y entero que llamar a Córdoba fastuosa y de oro, porque por sí misma exornó e hizo feliz y sonante todo cuanto hubo de tocar en la historia española.

Decíamos que ese oro de su nombre —y no es piropo, sino eti-mología, que Silio Itálico lo dijo en sus «Púnicas»: «aurífera Córdo-ba»— tan de insigne acuñamiento, vuelve a sonar ahora, y no entre nosotros, donde nunca se acaba su música, sino en todo el mundo islámico. En el Iraq y en la Siria arámica y en la Jordania guarda-dora de los Santos Lugares y en el Egipto faraónico, tan de áspides coronadores, tan de reinas de flor de loto.

Córdoba entra ahora en su milenario del Califato, «flor de todo saber» como dió en llamarle Juan de Mena. Qué Córdoba aquella del siglo décimo y de qué ámbitos, que si a Carlomagno no se le cortan las bridas en Roncesvalles, a ella habría ido, a abreviar su luz fieramente y hasta dejando a sus Galiasque las partiera un rayo. Califato de libros, de academias, de palacios y teólogos; Califato de «hartura de elegancia, amistad y riquezas», que así lo llamó, en verso real y coronado Abderrahman III, soñándola, remirándola, a ojos entornados, desde las «insignes palmeras» de su Ruzafa

Abierta estuvo Córdoba al mundo y en modo que jamás llegó a estarlo ninguna otra ciudad de España; y a sus puertas acudieron nuncios de todo reino de la Tierra, y mientras Juan de Gorz venía,

Pirineo abajo, rumbo a Córdoba. Recesmundo, un cordobés con creencias, subía hacia Germania, a rendir la cortesía cordobesa ante el poderío de Otón el Grande. Era Córdoba, con sus cien mil casas, su millón de habitantes, sus cuatrocientos mil libros, sus cientos de palacios, la más alta sede europea de la cultura; y filósofos, teólogos, poetas —«oh, ciudad dorada y buena», del Edrisi— hicieron crecer el esplendor que ahora nos resucita en tan ilustre oro

Bertrand lo escribió con precisa idea: «España debería llenarse de orgullo por su siglo diez, el de Córdoba califal, como por su siglo llamado de Oro». Y una monja —sajona ella— Roswitha, recordando a Córdoba desde su abadía, entre sus libros de la Natividad del Señor y sus exorcismos a Terencio, escribió, cordobeando dulcemente: «Joya del mundo será siempre». De ahí que ahora, cuando su alcalde vuelve de la Jordania de los mijares rubios y las estrellas bíblicas, anuncia que va a solemnizarse el milenario califal, se abri llante su justa fama y cruce por el Custodio de su Puente, arcangélico y timonero, blanco y navegador, esta común alegría hispanoislámica, de la que va a ser la Córdoba de oro vivo y preclaro testimonio.

Francisco Montero Galvache

(«ABC», Sevilla, 29 enero 1956.)

Visión de Córdoba

(Palabras de Marzla de Lusignan, al recibir el nombramiento de académica de Córdoba (España).

Alejandro Magno llevó el pensamiento griego al Asia y la maravilla del de Oriente al centro de Europa. Así, Cristianismo e Islamismo nacen del mutuo conocimiento del área griega con las milenarias civilizaciones asiáticas. El Renacimiento se inicia cuando España vierte, al través del mundo árabe, la sabiduría clásica. Mucho antes que Petrarca y que Platón y que el Cardenal Besarión, hicieran de Florencia el punto de partida de ese Renacimiento, venía entran-

do ya la semilla que los árabes andaluces cultivaban con pasión de poetas!

Los pueblos con raíces árabes conservan en su aparente quietud —y muy a pesar del cristianismo que les diera un nuevo perfil— esa especie de inercia, tolerancia, humildad y devoción a la naturaleza, que es como sutil aroma y encanto de su ciencia y de su arte. Esta raigambre surge de Córdoba, especialmente. Parece que reposa confiada a la sombra de su hermoso historial guerrero y galante, sin que pretenda embaucar con la leyenda dorada que escapa de todos sus rincones... Ninguna otra como esta ciudad de los Califas para hacer posible el desarrollo del maravilloso Mensaje cultural y cristiano que quiso extender entre castellanos, árabes y gitanos, aquella imponderable Reina Isabel I de España, que afrontó serena la más grande aventura conquistadora y colgó de su cetro el más hermoso laurel! Ninguna como Córdoba para hacer propicia la comprensión y el amor entre razas distintas, y llamar a coloquio tierno a todas las naciones hispanas, confundiéndolas con la propia tierra ibérica; porque ha tenido el privilegio de conservar, depurándola, como los vinos añejos, la aristocracia de los que fueron sus más celebrados moradores.

Una cálida tarde de verano llegamos a la bella capital de Abderramán, que se tiende sobre el famoso puente romano que cruza el Guadalquivir. Conforme nos adentrábamos en sus calles —que recuerdan las gloriosas hazañas del Gran Capitán— sentíamos una verdadera embriaguez de perfumes, que parecían escapados de alquimias moriscas... y que sólo eran jazmines de Córdoba, que florecen profusamente en todos los patios. Córdoba, la patria de los Sénecas, de Lucano, de Aberroes, de Ambrosio de Morales, de Luis de Góngora, de Pablo de Céspedes, del Duque de Rivas y de Julio Romero de Torres, el poeta romántico de la forma y del color!

Nuestra primera visita para la Mezquita, maravilla de los siglos, de imponentes arcadas y de majestuosas naves; dentro de cuyo bosque de columnas de granito y mármoles, los ojos que la contemplan asombrados, encuentran incrustada —digámoslo así— la Catedral católica con todos sus augustos misterios y sus bellísimos retablos. De la Mezquita, al santuario del arte pictórico, donde al lado de la figura estilizada de Romero de Torres, está la representación más auténtica de esa tierra cordobesa, que encuadra toda la belleza morena de Andalucía, volcada por el glorioso artista en sus majas,

en sus gitanas, en sus cabezas femeninas de rasgados ojos, tocadas con el clásico mantón adornado de claveles rojos. Entre esas figuras está sin duda «Carmen», la heroína de Próspero Mérimée, apasionada y celosa... abnegada y valiente, tierna y cruel. Romero de Torres realizó con su fina mano el milagro de dar vida incomparable a una época y a un pueblo, forjado de místicos arrobos y de pasiones vibrantes, en aquellas mujeres morenas que han sido su gloria inmortal. Porque esa es Córdoba, ciudad luminosa, jocunda y sensual... dramática y encendida de pasiones, que en cualquier tarde crispera la mano sobre la navaja sedienta de cármenes, al mismo tiempo que florece en la copla amorosa; saturada de ternuras, de agorerías y supersticiones... que si rasga su horizonte con el furioso relampaguear de los celos, también se ilumina con el vuelo de una canción al pie de la reja carcelera y florecida, bajo la luna cascabelera, novia ideal de los gitanos y de todos los andaluces. Allí están —aparte de su espiritual señorío—, los símbolos más preciosos de Córdoba: una guitarra y una mujer morena; la guitarra que es capaz de expresar, al roce de los dedos ágiles, todo el fervor del alma enamorada y la dulcedumbre del ensueño y la añoranza, para mejor consagración de la copla andaluza. En estas callejuelas de Córdoba, a través de ojivas celosías mozárabes, con embriaguez de perfumes y leyendas, perseguimos una tarde el fantasma de un Ensueño... sin imaginar que al paso nos saliera en una de esas casonas de puertas ferradas que resuman embrujo, la sorpresa de un galardón inmerecido! Y este galardón, que obligará siempre nuestra gratitud rendida, nos lo otorga con gesto hidalgo, la «Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba»; de la cual fuera «Alma Mater» el insigne don Juan Valera, quien le dió todo el impulso de su brillante personalidad. Al recibir esta «Palma», debida —más que a nuestros escasos méritos— a la gallarda acogida de la Real Academia Cordobesa, centrada en Vicente Orti Belmonte, Enriquez Barrios, y Rafael Aguilar P., la ofrecemos, con el llanto de emocionada gratitud, a Colombia, nuestra patria, la del perfil más colombino y más cultural entre las naciones de habla castellana en América.

*
* *

El Excmo. Sr. Germán Baraibar, Embajador de España en Colombia, ha colocado sobre la solapa de la escritora colombiana Marzia de Lusignan, las Palmas de la Real Academia de Ciencias,

Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Fué una ceremonia privada, sencilla, complaciendo así el deseo de la escritora, cuya profunda modestia ha sido la norma de su trayectoria cultural, sin desmentir un punto su auténtico prestigio de las letras colombinas.

Al registrar complacidos esta distinción de que ha sido objeto —por parte de la Real Academia Cordobesa— nuestra insigne compatriota, debemos recordar, haciendo justicia a sus méritos, que no es este el primer galardón que a ella se le otorga. En 1942 ganó Diploma de Honor en un concurso poético de Chile; en 1948 ganó un premio en los Juegos Florales Iberoamericanos de México; en 1952, se hizo acreedora a una invitación de la Sorbonne como premio a su Romance «París Tiene dos mil Años», escrito para el Bimilenario de la Ciudad Luz. En 1943 se le nombró por parte de la Editorial Benziger y Co. de Zurich, como miembro del Consejo de Colaboradores de la Enciclopedia Universal de la Mujer, gigantesca obra próxima a salir. La Sociedad Suiza de Amigos de España, Portugal y América Latina de Zurich la nombró socia honoraria; el mismo título se le otorgó en la Sociedad Editora «Le Lingue Estere» de Florencia (Italia). Es colaboradora de las revistas «Alta Costura» y «América Latina» de París; «Gran Mundo» de Barcelona, «Letras» y «Senda» de Madrid. El galardón que ahora acaba de recibir de manos del señor Embajador de España, premia su larga trayectoria intelectual, desinteresada y generosa, en pro de la cultura colombiana. A las muchas felicitaciones y flores que está recibiendo Marzia de Lusignan, en su residencia de la calle 21, 5-59, agregamos las nuestras cariñosas y sinceras.

«Que se duerme mi niño...»

Recuerdo que era un viejo libraco manuscrito de pastas apolilladas. Al «Villancicos» que en hermosa letra romana titulaba su primera página, el tiempo, los años y la humedad más que las manos de los hombres, habían ido recomiendo, letra por letra, adivinándose su rótulo más por voluntad que por el deletreo bajo la amarilla piel de carnero que con doble costura de badana guarnecía las pastas. Eso sí: lo que se leía claro bajo un león rampante, cuyo significado no acertaba a adivinar entonces, era que el viejo cronicón había sido miniado en Córdoba allá por los años de gracia, creo que de 1662, o acaso el 82. Breve y popular, en él se recogía un re-

gular montón de letrillas anónimas de cándidos villancicos nacidos del pueblo y que el pueblo cantaba en la lírica entrañable de las Nochebuenas virgilianas cuando iglesias, ermitorios y conventos se abrían al gozo y oración de la alborada de Navidad.

«Villancicos» fué un libro que recuerdo haber leído muchas veces de muchacho en la casa de mi abuelo cuando los pastores recién llegados de sus majadas armaban con los gañanes y el servicio la más ruda y alegre marimorena, pues aquella noche todos se sentían de la familia y como familia todos cenaban juntos en la vasta sala que unos troncos enormes, encendidos en una no menos grande chimenea, caldearan desde el atardecer.

Yo recuerdo aquel viejo libro que luego desapareció, no sé cómo, cuando mi recién nacida afición de bibliófilo se dió precisamente cuenta de la rareza del ejemplar. De cómo llegó a manos de mi abuelo, vaya usted a saber. Soria es cabeza de Extremadura en un doble sentido, pero también sus rebaños trashumantes muchas veces se perdieron entre los serrijones cordobeses. Algún mayoral, quien sabe si algún zagalejo a su paso por Córdoba se acordó del amo y quiso obsequiarle con el ejemplar recogido, adivínelo el Señor, de qué monacal estantería. El caso es que de Córdoba llegó el manuscrito a mis páramos machadianos, y por estos días, cuando todo en el corazón parece rezumar la leche y la miel de que nos habla las Escrituras, el librejo aquél se convertía en pentágrama de canciones, y sus letras alegres y entrañables llenas de color y encanto se recitaban de memoria en las sobremesas de aquellas Nochebuenas que mi abuelo presidía como un patriarca desde su viejo sillón de cuero, a la vera sus hijos, sus nietos enredando en el hogar, y los criados de la casa compartiendo su pan y su vino, y algo más que pan y vino, pues sonadas por rumbosas eran siempre las Nochebuenas de mi abuelo.

...¡Quedito quedo,
quedo pastor!..

Así es Indefectiblemente, en un silencio estremecido de recuerdos, añoro siempre el libro aquél al aproximarse estos días. En él alentaba toda la ternura, todo el amor y delicadeza de los Anónimos que habían dado a la Literatura española sus páginas más bellas. Hechas por el pueblo y escritas para él, aquellas canciones poseían una frescura y gracia, de la que carecían los mejores metros italianos que Boscán y Garcilaso introdujeran en las Letras patrias. A sus desconocidos autores no guiaba ni famas ni afanes de granjería.

Como Trueba, cantaban porque Dios quería, como cantan las aves y los veneros:

Aires linsojeros,
céfiros bullidores,
no despertéis de su sueño a las flores...

O aquel otro:

...Airecillos de Belén,
quedito soplad,
quedito corred...

Recuerdo que estas letrillas llegaban al corazón de mis gentes, porque en ellas se hablaba de sus cosas, de sus trabajos y de sus trebejos, con sus palabras y su cotidianidad. Penetraba en su corazón porque eran humildes y entrañables. Como se cantaba en aquella casa y luego en la iglesuca románica del pueblo y como se bailaba ante un «belén» natural, con bestias traídas de la cuadra del abuelo, con pastores de sus majadas, con corderos tempranos triscadores y gallos que partía en dos con su «quiriquí» el «Gloria in excelsis» del cura en el altar.

Entre la hora lejana en que aquellas páginas y su acompañamiento musical fueron escritas—pues pentágrama en antigua anotación subrayaba la letra de los villancicos—y aquella otra que en un olvidado pueblo castellano se sucedía, habían pasado siglos. Sin embargo, yo evoco ahora su resonancia como si entre ellos el tiempo se hubiera parado y para aquellas gentes hubiera sido puesta expofeso la letra y la canción de la vieja crónica redivida.

Muchas veces mis ojos se extasiaron en sus grandes capitulares polícromas. El también anónimo miniaturista había orlado página tras página con un preciosismo plateresco, y entre el follaje retorcido de los acantos, las figurillas caminaban absortas por los senderos de un imaginado «nacimiento», mientras de labios de aquel tropel salían las propias estrofas del cancionero en dorados y flamantes caracteres:

...Que se duerme mi niño de perlas,
chiquito, bonito:
¡No lo despertéis!...

Y las figuritas hinchaban sus sonrosados carrillos, y la leyenda

subía entre oriflamas en una apoteosis teñida de todos los colores del iris:

.. Quedito soplad,
pasito corred,
no, no me lo despertéis...

¿Qué habrá sido, a qué manos, en qué dorada vitrina reposará la joya que en estos momentos evoco? Todo es como un lejano sueño. Tan lejano, que a veces se me antoja si el código fué sólo la dulce pesadilla de un día de Navidad. Pero nó. Sueño, no. Realidad, por el contrario, tan real como las pantagruélicas Nochebuenas de mi abuelo. Sentado en sus rodillas, aprendí en sus páginas los primeros villancicos que su voz cascada seguía entre un infernal ruido de zambombas, gritos y cantares cuando, muy cerca la medianoche, las campanas de la iglesia tocaban a arrebató en la gloria de la Navidad que se acercaba. Cantaba mi abuelo y le temblaba la voz:

...Niño, que con tal ternura,
sin que afee tu hermosura,
llorando al cielo enamoras. .

Y un año, mi abuelo, al llegar precisamente a esta estrofa, se echó a llorar. Creí que chocheaba. Sin embargo... No, no era de viejo. Luego supe—los años me lo enseñaron— que su llanto fué de nostalgia, de emoción. ¡Quién sabel De ternura, de recuerdos, aunque entonces, en mi poca edad, yo no lo entendiera así...

José del Río Sanz.

«ABC», Sevilla, 24 Diciembre 1955.

Don Luis de Góngora, a través de su Epistolario

Durante mucho tiempo se ha destacado la objetividad de la poesía gongoriana, acusándola de fría y poco lírica. Se acostumbra a olvidar el aspecto íntimo del poeta, se le deshumaniza y se le convierte en algo así como un sonoro espejo de la realidad exterior. Recientes estudios parciales sobre su obra y personalidad se empiezan a preocupar por esa vertiente íntima tan poco estudiada, de la obra



de Góngora. Tal el sabroso artículo de Juan de Garganta publicado en el número 126 de la revista «Universidad de Antioquia», (Colombia, septiembre 1956). Los críticos gongorinos hispanoamericanos se han interesado por la figura humana del escritor. Es el caso de un Alfonso Reyes o de un José Lezama. Juan de Garganta, en cambio,

dedita su artículo, titulado (un poco chocantemente para oídos españoles). «Góngora, señorito cordobés, pretendiente en corte», a estudiar el aspecto social en la obra de Góngora, a través de sus dos etapas fundamentales de vida cordobesa y vida madrileña. Estudios de este tipo nos llevan fatalmente a la lectura del Epistolario gongorino, documento precioso para calar en los sentimientos, inquietudes y problemas personales del poeta. Casi todo este rico epistolario fué escrito en la etapa de vida cortesana del autor de «Las Soledades». De su atenta lectura se obtiene como conclusión una imagen de Góngora llena de dignidad, de noble orgullo, de honradez. Góngora, imbuído del honor de su familia, trabaja e intriga en la Corte para conseguir honores y beneficios en pro de sus parientes de Córdoba; pero en este afán de mejorar la suerte de los suyos hemos de ver, algo más que un deseo de exterior ostentación; hemos de ver el amor del poeta hacia sus allegados. Las exigencias de la vida social, en la que ocupaba un puesto relevante en su calidad de Capellán real le obligan muchas veces a privaciones íntimas, domésticas, para poder mantener su rango social con toda corrección y usar en consecuencia carroza y servidumbre.

La mala suerte acompaña al poeta. Sus amigos y protectores mueren de muerte violenta: tal el Conde de Villamediana, su más ilustre discípulo, o D. Rodrigo Calderón, Marqués de Siete Iglesias. Estos desastres afectan al poeta, cuyos sonetos de esta época patentizan, según Dámaso Alonso, que «algo se ha roto» en su espíritu.

Revelan las cartas una preocupación infantil por hacer creer a sus parientes, deudos y amigos que goza de alta influencia en la Corte. En realidad no fué muy grande su influencia. Lo prueba el que viviera siempre en la escasez. Y es que Góngora careció de sentido práctico de la vida y no acertó tampoco a orientarse certeramente en política. De ahí que no medraba nunca económicamente. Perjudicábanle además ciertas cualidades personales que debieron de crearle una atmósfera de antipatía para mucha gente: el orgullo, la ironía, su tendencia satírica que no perdonaba necedad ni mentecatez de sus contemporáneos, su admirable lealtad a sus protectores y amigos en la desgracia y después de su caída política, su firme afecto a familiares y servidores...

No ilustran las cartas sobre la vida íntima (amorosa, religiosa, familiar) del poeta. Para completar su imagen en este sentido hemos de apelar a fuente tan rica y expresiva como es su obra poética.

Góngora fué también un desengañado en la vida espiritual. Frente al amor se muestra amargamente excéptico:

Manda Amor en su fatiga
que se sienta y no se diga,
que se diga y no se sienta,
pero a mi más me contenta

Confesión de sabor cínico sobre todo si se tiene en cuenta que fué escrita a los 22 años. En plena juventud ya estaba Góngora desengañado del amor. Al avanzar por la vida este desengaño que lo envuelve todo (como ha visto muy bien Díaz Plaja en su estudio sobre el barroco) se concentra su amargo pesimismo. Lo único que nunca mintió al poeta fué la hermosura de las cosas y de las criaturas del mundo exterior. Por eso su obra es una radiante apoteosis de la belleza terrena.

Eugenia Salis.

«Córdoba», 25 noviembre 1956.



Soneto a Córdoba

Ciudad recia, forjada en una arista:
columna vertical de centuriones,
que guarda en su silencio las canciones
de espíritus de gloria y de conquista.

Flor y sura de mármol, que el artista
esculpió en un instante de ilusiones;
oasis y espejismo de ambiciones
para el noble reposo de la vista.

Basa y capitel de única cultura
que en medievo tuviera el Occidente,
dejando en el recuerdo la más pura
exactitud de su alma así forjada;
que, Córdoba en su soledad callada,
pone a Damasco y Roma, frente a frente.

† José Linares Rojas.

